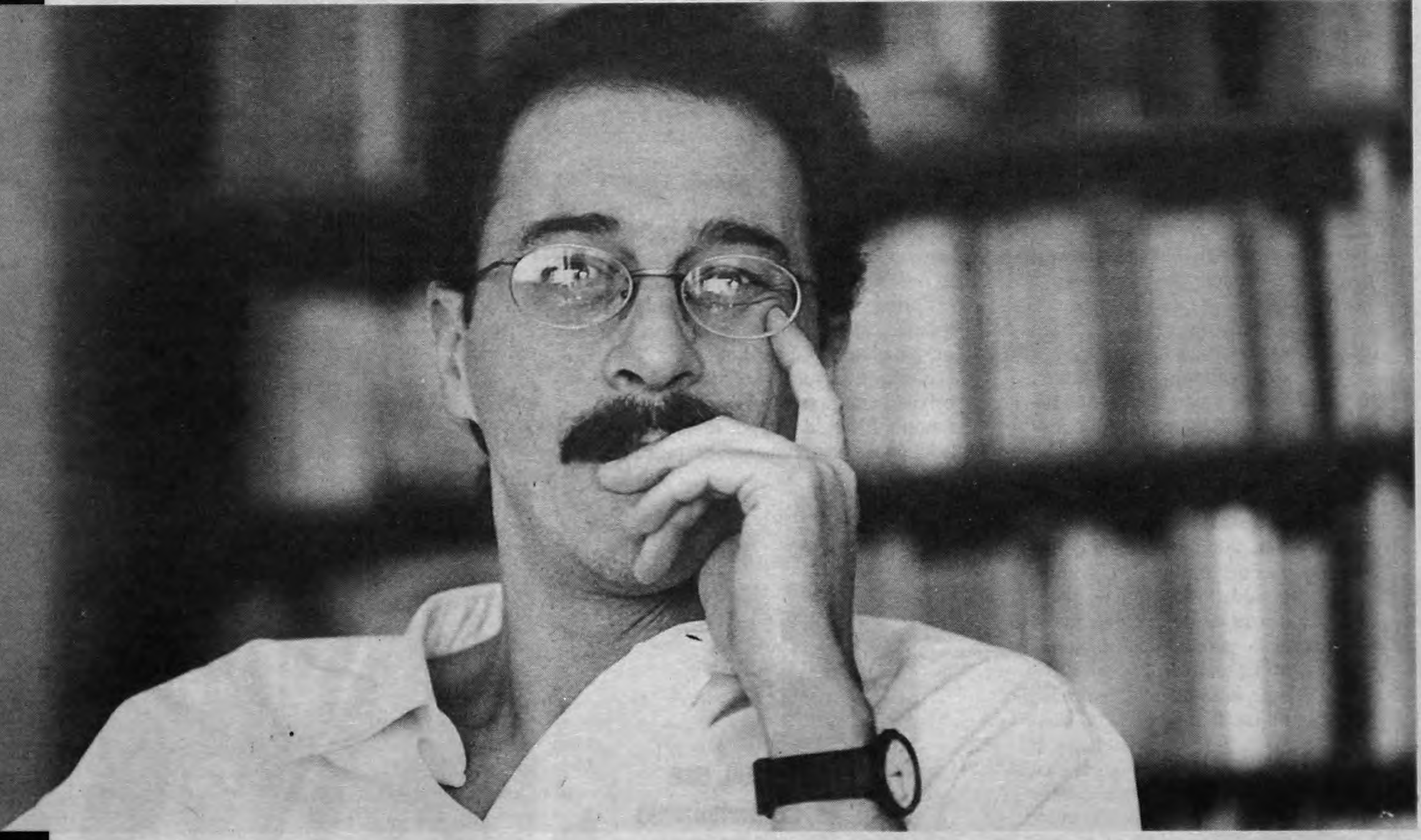
JUAN MARTINI



Una misteriosa historia de amor

Hace más de quince años, una noche, en la terraza repleta de plantas y flores que mi amiga Merce Marsá tenía en Barcelona, escuché una real, emocionante historia de amor que había sido posible porque los protagonistas ocultaron hasta el final un secreto. Desde entonces me ha rondado la certeza de que con esa historia, y con su secreto, escribiría una novela.

El argumento, como se dice, es el siguiente: una mujer casada conoce de una manera aparentemente casual a un hombre y sostiene con él una relación amorosa tan intensa como fugaz. Dos días después la mujer desaparece y no quedan rastros de ella. El marido y el amante se encuentran y admiten de inmediato que no se guardan rencor, que ninguno de los dos sabe por qué la mujer ha desaparecido, y quedan cautivos en la perplejidad. El amante ocasional, entonces, resuelve buscar a la mujer y, de esta manera, la historia se abre a una investigación que incluye no sólo las relaciones amorosas sino también las marcas más crueles del tiempo en que vivimos.

En 1989 escribí *El Ejército Rojo*. Este relato, directamente inspirado por el desfile de los soldados soviéticos en la conmemoración del segundo centenario de la Revolución Francesa, descansa anecdóticamente en aquella historia: es el momento en el que un hombre comprende que su mujer lo ha abandonado. Después, desde 1991 hasta 1994, más o menos, escribí unas 150 páginas de una novela en la que pretendí abordar aquella historia, y no pude terminarla.

Hoy me encuentro escribiendo otra vez el principio de una nueva novela. Se llama *El autor intelectual* y trata, mal o bien, de la misma historia. Los personajes de *El Ejército Rojo* reaparecen en la novela junto al amante ocasional y muchos otros. Pero todo esto no tiene quizás demasiada importancia. Son detalles casi insignificantes, por decirlo de algún modo, en la vida de un escritor. Dentro de esos detalles, el que me ha llevado a publicar este texto es que releyéndolo he sentido, sin saber en qué líneas se oculta, el aliento de esa historia moviéndose con eficacia alrededor de su secreto. ■



El 14 de julio de 1989 Lucca vio a seis soldados soviéticos desfilando en París bajo una lluvia de nieve artificial, seis soldados vestidos de rojo que formaban parte, en Moscú, de la guardia permanente del mausoleo de Lenin y que habían sido trasladados a Francia para desfilar, tal como ahora lo hacían, en el acto con que se celebraba el bicentenario de la Revolución. De modo que esa noche, lejos de París, Lucca vio, sin proponérselo, o sin saber que sería *eso* lo que vería, el paso marcial de seis hombres que alzaban, marchando, sus piernas rectas en una ejecución impecable –y si no impecable, se dijo, sin duda *espectacular*– del así llamado paso de ganso, o paso de la oca, altos y tiesos, los seis jóvenes soviéticos, en sus uniformes rojos, bajo la constante lluvia de nieve artificial que caía sobre ellos mientras el mundo entero *asistía* –puede decirse– al bicentenario de la Revolución de 1789.

Esa noche, cuando comenzó a nevar en el verano de París, Lucca, abandonado frente al televisor, volvió a preguntarse por qué Carmen había resuelto desaparecer de su vida.

El aborrecía la idea o la noción de culpa instalada en estos desenlaces por efecto del pensamiento de la época, o, mejor dicho, por las creencias a las que había dado lugar una cierta vulgarización desatinada del pensamiento de la época, pero turbado por el repentino convencimiento de que su mujer ya no regresaría, de que quizás nunca más la vería, le resultó *forzoso* admitir que él había creído a lo largo de los últimos años que amaba a su mujer, o que tal vez era feliz con ella, puesto que a su lado había obtenido un reparo sentimental, un remanso a salvo del tumulto que carcomía y desnaturalizaba las emociones, y había querido creer entonces que eso que había obtenido era una de las formas reales del amor. Así que ahora, frente a los soldados soviéticos que marchaban a través de la nieve, turbado y a su pesar, le pareció inexorablemente *forzoso* admitir también la posibilidad de que este desenlace se había producido por su culpa. Ignoraba, en tal caso, cuál había sido *la falta consumada*. Ignoraba, sin faltar a la verdad, cuál había sido el error o el desvío que él estaba dispuesto a reconocer como una culpa. Y prefería seguir ignorándolo, ya que fuese como fuese se encontraba, se dijo, en una situación irreparable y sombría. El aceptaría, si era *forzoso* hacerlo, la posibilidad de una culpa, pero pensó que no le interesaba saber de qué culpa se trataba. El futuro, para decirlo con una expresión corriente, se había derrumbado. Y eso era lo único que le parecía real.

Lucca apagó el televisor y se dijo, desamparado, que un hombre no era sólo una mujer. *Un hombre no es sólo una mujer,* se dijo, y la idea, creyó, quedó en suspenso como el último aleteo de un aliento perdido. En seguida pensó que si Carmen hubiese estado allí, que si ella lo hubiese *escuchado*, le habría dicho, probablemente, que era una frase justa pero impertinente.

El era, creía, o había llegado a ser, un hombre de otro tiempo. Ya no toleraba la estridencia de la ciudad donde le había tocado nacer. Detestaba la urgencia, se complacía en las vacilaciones y deseaba pensar. Anhelaba un estado de *beatitud*, un sosiego que le permitiese entregarse sin ataduras a las cosas que le infundían en el ánimo sentimientos estables o el placer, en otras palabras, de la armonía. Tenía la sensación carnal pero inasible de que la vida fugaba de él vertiginosamente, la convicción de que le había sido imposible, siempre, situarse en el centro de su propia vida, en la encrucijada de los acontecimientos concretos de su existencia, mayores y menores, para intentar hacer con ellos y de ellos algo personal. En cambio, se decía, él era el producto –y se atrevía a pensarlo: involuntario– de un acontecer que había hecho de él, sin que él hubiese podido impedirlo o torcer el rumbo de un destino invencible, lo que era.

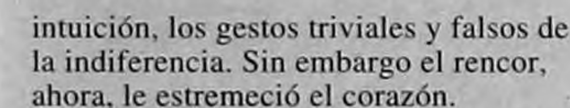
Por eso, creía, ya lo *único* que deseaba era alcanzar ese estado de *beatitud*, un sosiego que le permitiese entregarse a las cosas que lo distraían de la estridencia y del quebranto del mundo en el que vivía y que nada, absolutamente nada, lo sustrajese de su distracción. Y por eso, es claro, se encontraba como se encontraba. Ella se había marchado y no regresaría. La mirada de Lucca, de pronto, volvió a ver el papel que él había encontrado al regresar a la casa, un par de horas antes: la mirada de Lucca miró, en rigor, el *mensaje* –si es que se trataba de un *mensaje*– que no se había atrevido a leer, un breve texto manuscrito por Carmen esa misma mañana, o en las primeras horas de la tarde, mientras tomaba café y fumaba, tal como a ella le gustaba hacerlo. Escribir, se dijo Lucca, escribir en secreto, haciendo de ese acto privado una investidura y la forma del tiempo. El, desde luego, se había permitido, en estas circunstancias, presa de la

“Ahora bien, esa noche, contemplando la lámina que Carmen había comprado en Viena, varios años atrás, Lucca quería creer, puesto que así se le ocurría, que él nunca había visto, en la realidad, un nenúfar.”



El ejército rojo





Por Juan Martini

El 14 de julio de 1989 Lucca vio a seis soldados soviéticos desfilando en París bajo una lluvia de nieve artificial, seis soldados vestidos de rojo que formaban parte, en Moscú, de la guardia permanente del mausoleo de Lenin y que habían sido trasladados a Francia para desfilar, tal como ahora lo hacían, en el acto con que se celebraba el bicentenario de la Revolución. De modo que esa noche, lejos de París, Lucca vio, sin proponérselo, o sin saber que sería *eso* lo que vería, el paso marcial de seis hombres que alzaban, marchando, sus piernas rectas en una ejecución impecable –y si no impecable, se dijo, sin duda *espectacular*– del así llamado paso de ganso, o paso de la oca, altos y tiesos, los seis jóvenes soviéticos, en sus uniformes rojos, bajo la constante lluvia de nieve artificial que caía sobre ellos mientras el mundo entero *asistía* –puede decirse– al bicentenario de la Revolución de 1789.

Esa noche, cuando comenzó a nevar en el verano de París, Lucca, abandonado frente al televisor, volvió a preguntarse por qué Carmen había resuelto desaparecer de su vida.

El aborrecía la idea o la noción de culpa instalada en estos desenlaces por efecto del pensamiento de la época, o, mejor dicho, por las creencias a las que había dado lugar una cierta vulgarización desatinada del pensamiento de la época, pero turbado por el repentino convencimiento de que su mujer ya no regresaría, de que quizás nunca más la vería, le resultó *forzoso* admitir que él había creído a lo largo de los últimos años que amaba a su mujer, o que tal vez era feliz con ella, puesto que a su lado había obtenido un reparo sentimental, un remanso a salvo del tumulto que carcomía y desnaturalizaba las emociones, y había querido creer entonces que eso que había obtenido era una de las formas reales del amor. Así que ahora, frente a los soldados soviéticos que marchaban a través de la nieve, turbado y a su pesar, le pareció inexorablemente *forzoso* admitir también la posibilidad de que este desenlace se había producido por su culpa. Ignoraba, en tal caso, cuál había sido *la falta consumada*. Ignoraba, sin faltar a la verdad, cuál había sido el error o el desvío que él estaba dispuesto a reconocer como una culpa. Y prefería seguir ignorándolo, ya que fuese como fuese se encontraba, se dijo, en una situación irreparable y sombría. El aceptaría, si era *forzoso* hacerlo, la posibilidad de una culpa, pero pensó que no le interesaba saber de qué culpa se trataba. El futuro, para decirlo con una expresión corriente, se había derrumbado. Y eso era lo único que le parecía real.

Lucca apagó el televisor y se dijo, desamparado, que un hombre no era sólo una mujer. *Un hombre no es sólo una mujer,* se dijo, y la idea, creyó, quedó en suspenso como el último aleteo de un aliento perdido. En seguida pensó que si Carmen hubiese estado allí, que si ella lo hubiese *escuchado*, le habría dicho, probablemente, que era una frase justa pero impertinente.

El era, creía, o había llegado a ser, un hombre de otro tiempo. Ya no toleraba la estridencia de la ciudad donde le había tocado nacer. Detestaba la urgencia, se complacía en las vacilaciones y deseaba pensar. Anhelaba un estado de *beatitud*, un sosiego que le permitiese entregarse sin ataduras a las cosas que le infundían en el ánimo sentimientos estables o el placer, en otras palabras, de la armonía. Tenía la sensación carnal pero inasible de que la vida fugaba de él vertiginosamente, la convicción de que le había sido imposible, siempre, situarse en el centro de su propia vida, en la encrucijada de los acontecimientos concretos de su existencia, mayores y menores, para intentar hacer con ellos y de ellos algo personal. En cambio, se decía, él era el producto –y se atrevía a pensarlo: involuntario– de un acontecer que había hecho de él, sin que él hubiese podido impedirlo o torcer el rumbo de un destino invencible, lo que era.

Por eso, creía, ya lo *único* que deseaba era alcanzar ese estado de *beatitud*, un sosiego que le permitiese entregarse a las cosas que lo distraían de la estridencia y del quebranto del mundo en el que vivía y que nada, absolutamente nada, lo sustrajese de su distracción. Y por eso, es claro, se encontraba como se encontraba. Ella se había marchado y no regresaría. La mirada de Lucca, de pronto, volvió a ver el papel que él había encontrado al regresar a la casa, un par de horas antes: la mirada de Lucca miró, en rigor, el *mensaje* –si es que se trataba de un *mensaje*– que no se había atrevido a leer, un breve texto manuscrito por Carmen esa misma mañana, o en las primeras horas de la tarde, mientras tomaba café y fumaba, tal como a ella le gustaba hacerlo. Escribir, se dijo Lucca, escribir en secreto, haciendo de ese acto privado una investidura y la forma del tiempo. El, desde luego, se había permitido, en estas circunstancias, presa de la intuición, los gestos triviales y falsos de la indiferencia. Sin embargo el rencor, ahora, le estremeció el corazón.



Ahora bien, esa noche, contemplando la lámina que Carmen había comprado en Viena, varios años atrás, Lucca quería creer, puesto que así se le ocurría, que él nunca había visto, en la realidad, un nenúfar.



Entonces desvió la mirada y vio un nenúfar, la imagen de un nenúfar impresa en una lámina que Carmen había comprado en Viena, varios años atrás, y que luego de aquel viaje había mandado a enmarcar y que meses más tarde había resuelto, por fin, colgar en una de las paredes de esta sala: una flor blanca y amarilla coronando un tallo alto, y una hoja verde, entera y circular. Una de esas flores, se dijo, de las que suelen estar llenas ciertas lagunas españolas, que parecen flotar, bellas y en reposo, en aguas espejadas, y que él jamás había visto, o que sólo conocía a través de la imagen de esa lámina que Carmen había colgado, varios años atrás, frente a los sillones de la sala. Sin embargo, estaba en un error: sin saberlo, o, por no saberlo, sin poder recordarlo, él había visto nenúfares, y, más aún, sin verlos, sin reparar en ellos, continuaba viéndolos, se detenía casi siempre junto a una fuente cubierta de nenúfares, y si no, cuando no se detenía, pero siguiendo en cualquier caso el camino de costumbre, pasaba muy cerca de la fuente, en los habituales paseos que con el afán de distraerse, o, como él decía, con la ilusión de despejarse, realizaba de cuando en cuando por un jardín público, frondoso y solitario. Ahora bien, esa noche, contemplando la lámina que Carmen había comprado en Viena, varios años atrás, Lucca quería creer, puesto que así se le ocurría, que él nunca había visto, en la realidad, un nenúfar.

Esa misma mañana, o tal vez en las primeras horas de la tarde, Carmen, tomando café y fumando, tal como le gustaba hacerlo, se había puesto a escribir. Las señas de que así había sido estaban aún a la vista: un pocillo con marcas de rouge, un cenicero, el papel que Lucca encontraría en el *secrétaire* de Carmen al regresar a la casa: un breve texto, mejor, manuscrito, que ella había *olvidado* allí, entre otros papeles en blanco y algunas cartas de su hermana, Eva Brunner. La hermana de Carmen, observaría él, escribía en las solapas del reverso de los sobres apenas dos palabras, su nombre y su apellido paterno, Eva Brunner, y nada más, como si renunciase a recibir de vuelta las cartas en caso de extravíos o de ausencias y su nombre, Eva Brunner, fuese un anuncio o una advertencia, una forma, se dijo Lucca, de poner sobreaviso al destinatario, o un gesto de inesperada cortesía, tratándose de ella, o también la muestra, la rúbrica, de una empecinada arrogancia. Fuchs, el marido de Eva, le había dicho alguna vez a Lucca: "Hay que ponerse a salvo de las mujeres Brunner". El no había entendido el sentido de las palabras de Fuchs y Fuchs nunca se lo había aclarado. Pero el desconcierto –si en verdad se pudiese hablar de desconcierto, en el caso de Lucca, tratándose, para usar la expresión de Fuchs, de las "mujeres Brunner"– que le había inspirado aquella frase era del orden del que le inspiraría, aun sin leerlo, el papel que Carmen había escrito quizás esa misma mañana: este texto, manuscrito y ¿olvidado?, se dijo Lucca, que a simple vista le había hecho pensar en un fragmento, o en el final, de un texto más extenso. No supo por qué creía que era así, puesto que aún no lo había leído, pero allí, él estaba seguro, faltaría *algo*, o esas líneas eran lo que había sobrado de *algo* que no necesariamente Carmen había escrito para él.

El caso es que por este presentimiento, o por esta infundada certeza de que esas líneas no eran, en rigor, un *mensaje*, fue que Lucca se propuso pensar en Carmen, recordar *algo* de ella, *algo* más que ese acto que él podía imaginar, una y otra vez, como si fuese un recuerdo: su mujer, cuando escribía, por la mañana, en soledad, tal como a ella siempre le ha gustado hacerlo.

Así que abandonado en el sillón cruzó los pies sobre la mesa donde un par de horas antes, poco después de regresar a la casa, sin decidirse a leerlo, había *depositado* –como si se tratase de un *cadáver*– el papel que acababa de encontrar junto a las cartas de Eva Brunner: la misma mesa sobre la que había quedado también el periódico del día, 14 de julio de 1989, cerca de una revista, varios libros, un paquete de cigarrillos, un encendedor descartable y una caja de *Kleenex*, una mesa amplia y rústica, una mesa como las que había, se dijo, en otros tiempos, en las casas familiares, una mesa con un corte en el medio para que fuese posible agrandarla, es decir, abrirla y añadirle una tabla mediante un simple sistema de encastres, y que más adelante, cuando las casas familiares fueron desmontadas, *desmanteladas*, se dijo, habían desaparecido, puesto que ya eran, según se creía, viejas y vulgares, muebles humildes o baratos de un pasado peor, y que ahora, con el correr del tiempo, se rescataban en los fondos de los almacenes, se recuperaban en las oscuras trastiendas de *comercios* empeñados en la compra, venta y presunta restauración de *antigüedades*, para reponerlas no en los llamados comedores de diario ni en las antecocinas sino, por ejemplo, en el centro de una sala, desalojando de esta manera, por imperio del gusto presente, a modernas mesas de cristal o de laca cuyos encantos para que les fuese atribuido un lugar preferencial había durado, por así decirlo, un suspiro; una mesa, ésta, se dijo Lucca, que Carmen había descubierto un día en el desván, *anche detto* altillo, de la casa de Eva Brunner, su hermana mayor, cubierta de polvorientas cajas de sombreros, cofres, valijas, cuadros, lámparas y jofainas, y que se había llevado de allí con el consentimiento de Eva Brunner sin que ella, su hermana mayor, hubiese demostrado alguna sorpresa ante el interés que la mesa despertaba en Carmen y sin concederle a su propio gesto, el regalarle o cederle la mesa, ningún valor, en el bien entendido que, habituada como estaba a la indiferencia, para ella se trataba sólo de una mesa inservible o, mejor, de un estorbo, de un resto de otra época arrinconado en un altillo para no volver a tropezar con él, para no volver a verlo, para quitar de la vista las escasas señas del pasado que aún pervivían entre ellos, en la casa de Eva Brunner y de Fuchs; una mesa, en fin, a la que Carmen, entonces, le había lijado el percudido barniz original y le había acortado las patas, y que luego había resuelto poner en la sala donde varios años atrás había colgado su lámina del nenúfar, desplazando, para esto, a una mesa pequeña y en verdad desgraciada pero de la que él nunca se había preguntado, descubrió en ese momento, ni de dónde había salido ni por qué se hallaba allí, en un lugar en el que debía ser visible la necesidad de *otra cosa*, frente a los sillones, en la sala, en la misma sala en la que él dejó, esa noche, pasar el tiempo, o, debería decirse, en la sala en la que esa noche, indefenso, él se dejó estar en el transcurso del tiempo.

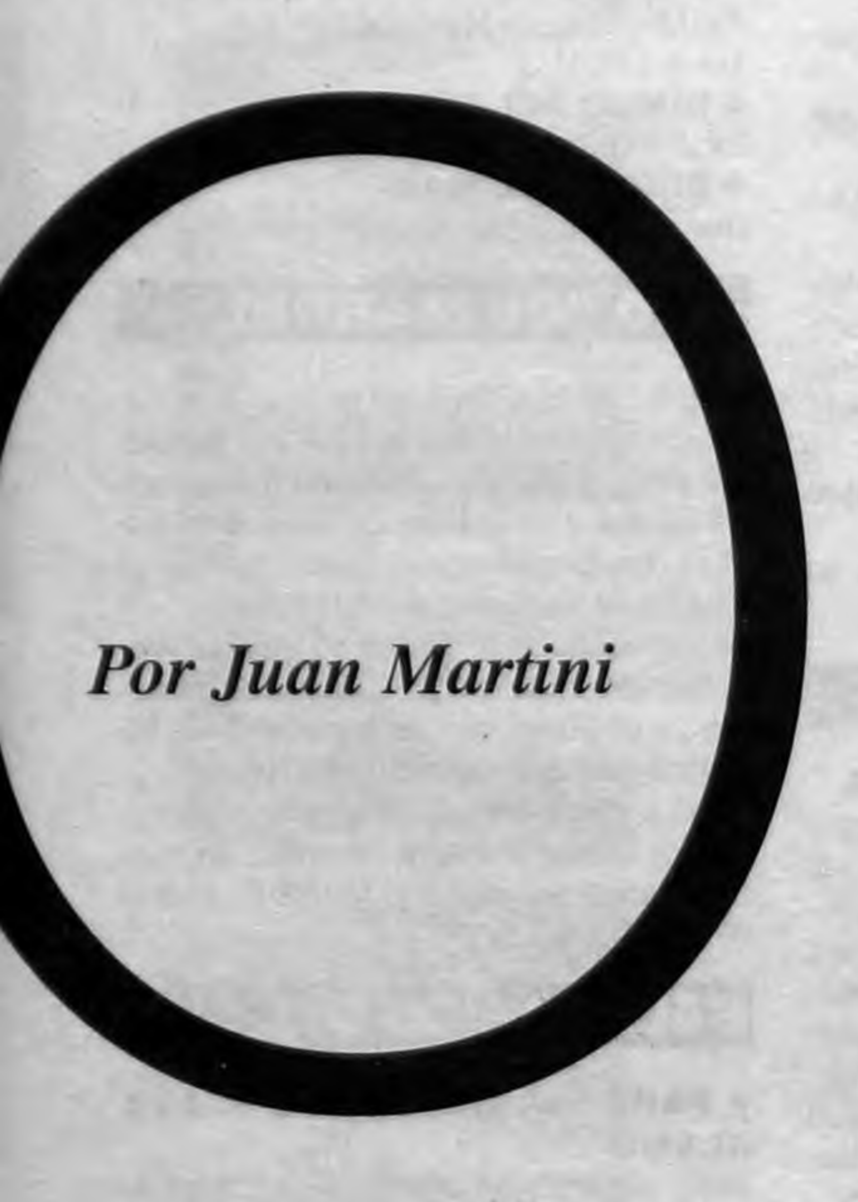
Lucca apagó el televisor y se dijo, desamparado, que un hombre no era sólo una mujer. Un hombre no es sólo una mujer, se dijo, y la idea, creyó, quedó en suspenso como el último aleteo de un aliento perdido.

Por eso, la mirada errante de Lucca volvió al nenúfar como si en la naturaleza muerta de esa flor blanca hubiese sido posible descubrir un indicio, una huella hasta entonces invisible de la verdadera intimidad de Carmen, o, se dijo, el sentido hermético de la realidad. La incomprensible frase de Fuchs, el marido de Eva Brunner, reapareció entre sus recuerdos deshilvanados: "Hay que ponerse a salvo de las mujeres Brunner". Y ahora,posada contra el cristal que cubría la lámina con la imagen esbelta y aérea del nenúfar, Lucca vio una mosca, una mosca verde con grandes alas transparentes, y era tal su quietud, posada allí, contra el cristal pero también contra la blancura del nenúfar, que la mosca, con su coraza verde y metálica donde la luz encontraba destellos de bronce, parecía, pensó él, un objeto, un broche de Carmen, por ejemplo, uno de esos raros alfileres que ella había comprado en Viena, varios años atrás, y que había usado durante algún tiempo en las solapas de sus chaquetas. Pero quizás, pensó Lucca, y no entendía lo que pasaba, no había que hacer nada para ponerse a salvo, quizás un día, un día como ése, uno, sin saber por qué, se encontraba, por fin, involuntariamente, a salvo.

De modo que su mirada se desentendió de la mosca y del nenúfar, retrocedió hacia la mesa y volvió a tropezar con el papel que Carmen había escrito esa misma mañana, o en las primeras horas de la tarde. Entonces, sin escrúpulos, persuadido de pronto de que era eso lo que debía hacer, Lucca le prendió fuego. Y mientras las breves llamas recortaban su altura y el papel se retorcía en el aire transformándose en una filigrana carbonizada, él advirtió que un creciente sosiego adormecía el rencor que lo embargaba.

Poco después, como si este acto hubiese restaurado la paz, encendió el televisor. Ya era la medianoche del 14 de julio de 1989 y Lucca *asistió*, nuevamente, sin proponérselo, a la marcha de seis hombres que alzaban sus piernas rectas en una ejecución impecable del paso de ganso: esta vez en diferido, tal como se dice, Lucca vio a seis soldados soviéticos desfilando en París bajo una lluvia de nieve artificial.

La mosca, reanimada, voló del nenúfar a la mesa, lenta y verde fortaleza con alas de cristal, y se posó sobre una caja de pañuelos de papel. ■



Por Juan Martini

intuición, los gestos triviales y falsos de la indiferencia. Sin embargo el rencor, ahora, le estremeció el corazón.

Entonces desvió la mirada y vio un nenúfar, la imagen de un nenúfar impresa en una lámina que Carmen había comprado en Viena, varios años atrás, y que luego de aquel viaje había mandado a enmarcar y que meses más tarde había resuelto, por fin, colgar en una de las paredes de esta sala: una flor blanca y amarilla coronando un tallo alto, y una hoja verde, entera y circular. Una de esas flores, se dijo, de las que suelen estar llenas ciertas lagunas españolas, que parecen flotar, bellas y en reposo, en aguas espejadas, y que él jamás había visto, o que sólo conocía a través de la imagen de esa lámina que Carmen había colgado, varios años atrás, frente a los sillones de la sala. Sin embargo, estaba en un error: sin saberlo, o, por no saberlo, sin poder recordarlo, él había visto nenúfares, y, más aún, sin verlos, sin reparar en ellos, continuaba viéndolos, se detenía casi siempre junto a una fuente cubierta de nenúfares, y si no, cuando no se detenía, pero siguiendo en cualquier caso el camino de costumbre, pasaba muy cerca de la fuente, en los habituales paseos que con el afán de distraerse, o, como él decía, con la ilusión de despejarse, realizaba de cuando en cuando por un jardín público, frondoso y solitario. Ahora bien, esa noche, contemplando la lámina que Carmen había comprado en Viena, varios años atrás, Lucca quería creer, puesto que así se le ocurría, que él nunca había visto, en la realidad, un nenúfar.

Esa misma mañana, o tal vez en las primeras horas de la tarde, Carmen, tomando café y fumando, tal como le gustaba hacerlo, se había puesto a escribir. Las señas de que así había sido estaban aún a la vista: un pocillo con marcas de rouge, un cenicero, el papel que Lucca encontraría en el *secrétaire* de Carmen al regresar a la casa: un breve texto, mejor, manuscrito, que ella había *olvidado* allí, entre otros papeles en blanco y algunas cartas de su hermana, Eva Brunner. La hermana de Carmen, observaría él, escribía en las solapas del reverso de los sobres apenas dos palabras, su nombre y su apellido paterno, Eva Brunner, y nada más, como si renunciase a recibir de vuelta las cartas en caso de extravíos o de ausencias y su nombre, Eva Brunner, fuese un anuncio o una advertencia, una forma, se dijo Lucca, de poner sobreaviso al destinatario, o un gesto de inesperada cortesía, tratándose de ella, o también la muestra, la rúbrica, de una empecinada arrogancia. Fuchs, el marido de Eva, le había dicho alguna vez a Lucca: "Hay que ponerse a salvo de las mujeres Brunner". El no había entendido el sentido de las palabras de Fuchs y Fuchs nunca se lo había aclarado. Pero el desconcierto –si en verdad se pudiese hablar de desconcierto, en el caso de Lucca, tratándose, para usar la expresión de Fuchs, de las "mujeres Brunner"– que le había inspirado aquella frase era del orden del que le inspiraría, aun sin leerlo, el papel que Carmen había escrito quizás esa misma mañana: este texto, manuscrito y ¿olvidado?, se dijo Lucca, que a simple vista le había hecho pensar en un fragmento, o en el final, de un texto más extenso. No supo por qué creía que era así, puesto que aún no lo había leído, pero allí, él estaba seguro, faltaría *algo*, o esas líneas eran lo que había sobrado de *algo* que no necesariamente Carmen había escrito para él.

El caso es que por este presentimiento, o por esta infundada certeza de que esas líneas no eran, en rigor, un *mensaje*, fue que Lucca se propuso pensar en Carmen, recordar *algo* de ella, *algo* más que ese acto que él podía imaginar, una y otra vez, como si fuese un recuerdo: su mujer, cuando escribía, por la mañana, en soledad, tal como a ella siempre le ha gustado hacerlo.

Así que abandonado en el sillón cruzó los pies sobre la mesa donde un par de horas antes, poco después de regresar a la casa, sin decidirse a leerlo, había *depositado* –como si se tratase de un *cadáver*– el papel que acababa de encontrar junto a las cartas de Eva Brunner: la misma mesa sobre la que había quedado también el periódico del día, 14 de julio de 1989, cerca de una revista, varios libros, un paquete de cigarrillos, un encendedor descartable y una caja de *Kleenex*, una mesa amplia y rústica, una mesa como las que había, se dijo, en otros tiempos, en las casas familiares, una mesa con un corte en el medio para que fuese posible agrandarla, es decir, abrirla y añadirle una tabla mediante un simple sistema de encastres, y que más adelante, cuando las casas familiares fueron desmontadas, *desmanteladas*, se dijo, habían desaparecido, puesto que ya eran, según se creía, viejas y vulgares, muebles humildes o baratos de un pasado peor, y que ahora, con el correr del tiempo, se rescataban en los fondos de los almacenes, se recuperaban en las oscuras trastiendas de *comercios* empeñados en la compra, venta y presunta restauración de *antigüedades*, para reponerlas no en los llamados comedores de diario ni en las antecocinas sino, por ejemplo, en el centro de una sala, desalojando de esta manera, por imperio del gusto presente, a modernas mesas de cristal o de laca cuyos encantos para que les fuese atribuido un lugar preferencial había durado, por así decirlo, un suspiro; una mesa, ésta, se dijo Lucca, que Carmen había descubierto un día en el desván, *anche detto* altillo, de la casa de Eva Brunner, su hermana mayor, cubierta de polvorientas cajas de sombreros, cofres, valijas, cuadros, lámparas y jofainas, y que se había llevado de allí con el consentimiento de Eva Brunner sin que ella, su hermana mayor, hubiese demostrado alguna sorpresa ante el interés que la mesa despertaba en Carmen y sin concederle a su propio gesto, el regalarle o cederle la mesa, ningún valor, en el bien entendido que, habituada como estaba a la indiferencia, para ella se trataba sólo de una mesa inservible o, mejor, de un estorbo, de un resto de otra época arrinconado en un altillo para no volver a tropezar con él, para no volver a verlo, para quitar de la vista las escasas señas del pasado que aún pervivían entre ellos, en la casa de Eva Brunner y de Fuchs; una mesa, en fin, a la que Carmen, entonces, le había lijado el percudido barniz original y le había acortado las patas, y que luego había resuelto poner en la sala donde varios años atrás había colgado su lámina del nenúfar, desplazando, para esto, a una mesa pequeña y en verdad desgraciada pero de la que él nunca se había preguntado, descubrió en ese momento, ni de dónde había salido ni por qué se hallaba allí, en un lugar en el que debía ser visible la necesidad de *otra cosa*, frente a los sillones, en la sala, en la misma sala en la que él dejó, esa noche, pasar el tiempo, o, debería decirse, en la sala en la que esa noche, indefenso, él se dejó estar en el transcurso del tiempo.

Por eso, la mirada errante de Lucca volvió al nenúfar como si en la naturaleza muerta de esa flor blanca hubiese sido posible descubrir un indicio, una huella hasta entonces invisible de la verdadera intimidad de Carmen, o, se dijo, el sentido hermético de la realidad. La incomprensible frase de Fuchs, el marido de Eva Brunner, reapareció entre sus recuerdos deshilvanados: "Hay que ponerse a salvo de las mujeres Brunner". Y ahora,posada contra el cristal que cubría la lámina con la imagen esbelta y aérea del nenúfar, Lucca vio una mosca, una mosca verde con grandes alas transparentes, y era tal su quietud, posada allí, contra el cristal pero también contra la blancura del nenúfar, que la mosca, con su coraza verde y metálica donde la luz encontraba destellos de bronce, parecía, pensó él, un objeto, un broche de Carmen, por ejemplo, uno de esos raros alfileres que ella había comprado en Viena, varios años atrás, y que había usado durante algún tiempo en las solapas de sus chaquetas. Pero quizás, pensó Lucca, y no entendía lo que pasaba, no había que hacer nada para ponerse a salvo, quizás un día, un día como ése, uno, sin saber por qué, se encontraba, por fin, involuntariamente, a salvo.

De modo que su mirada se desentendió de la mosca y del nenúfar, retrocedió hacia la mesa y volvió a tropezar con el papel que Carmen había escrito esa misma mañana, o en las primeras horas de la tarde. Entonces, sin escrúpulos, persuadido de pronto de que era eso lo que debía hacer, Lucca le prendió fuego. Y mientras las breves llamas recortaban su altura y el papel se retorcía en el aire transformándose en una filigrana carbonizada, él advirtió que un creciente sosiego adormecía el rencor que lo embargaba.

Poco después, como si ese acto hubiese restaurado la paz, encendió el televisor. Ya era la medianoche del 14 de julio de 1989 y Lucca *asistió*, nuevamente, sin proponérselo, a la marcha de seis hombres que alzaban sus piernas rectas en una ejecución impecable del paso de ganso: esta vez en diferido, tal como se dice, Lucca vio a seis soldados soviéticos desfilando en París bajo una lluvia de nieve artificial.

La mosca, reanimada, voló del nenúfar a la mesa, lenta y verde fortaleza con alas de cristal, y se posó sobre una caja de pañuelos de papel. ■

> **“Lucca apagó el televisor y se dijo, desamparado, que un hombre no era sólo una mujer. Un hombre no es sólo una mujer, se dijo, y la idea, creyó, quedó en suspenso como el último aleteo de un aliento perdido.”**

TEATRO

◆ **EL MUSICAL DE CARMEN FLORES**
Teatro Tronador
◆ **EN SINCRO**
Con Dady y el Chino
Teatro Neptuno
◆ **CHEESE CAKE**
Con Mercedes Carreras, Juan Carlos Dual, Diana Maggi y Zulma Faiad. Dir. Julio Vaccaro.
Teatro Enrique Carreras
◆ **VITA Y VIRGINIA**
Con Elena Tasisto y Leonor Benedetto. Dir. Oscar Barney Finn
Teatro Municipal Colón
◆ **CORONA DISPUTADO**
Con Jorge Corona, Silvia Süller y Mónica Ayos
Teatro Provincial
◆ **DOS DAMAS INDIGNAS**
Con Thelma Biral y Luisa Kuliok. Dir. Manuel González Gil
Teatro Hermitage
◆ **VINCENT Y LOS CUERVOS**
Con Freddy Virgolini, José Luis Britos y elenco. Dir. Daniel Lambertini
Teatro Auditorium - Sala Astor Piazzolla
30 y 31 de enero / 1, 20, 21 y 22 de febrero
◆ **VIENTO EN POPA**
Creación colectiva del Grupo Teatrantes
Teatro Auditorium - Sala Astor Piazzolla
◆ **JULIO BOCCA**
Julio Bocca acompañado por el Ballet Argentino. Dir. Lidia Segni
Teatro Auditorium - Sala Astor Piazzolla
Del 6 al 11 de enero
◆ **LES LUTHIERS - "BROMATO DE ARMONIO"**
Del 2 al 8 de febrero
Teatro Auditorium - Sala Astor Piazzolla
◆ **QUE DIFICIL ES DECIR ADIOS**
Con María Concepción César, Alfonso de Grazia y Marcos Zucker
Teatro R. J. Payró
De jueves a domingos
◆ **SARDINAS AHUMADAS**
Con Marisa y Victoria Carreras. Dir. Kado Koszter
Teatro Gregorio Nachman
De jueves a domingo
◆ **NI ALAS NI RAICES**
Dir. Julio Lascano
Teatro Gregorio Nachman
De lunes a miércoles
◆ **"ESTELA RAVAL Y LOS CINCO LATINOS"**
Teatro Provincial

MUSICA

◆ **DONALD**
Fines de semana
Club de Mar
◆ **ILLIA KURIAKY AND THE VALDERRAMAS**
19 de enero
Go!
◆ **LOS PIOJOS**
26 de enero
Go!
◆ **CHARLY GARCIA**
2 de febrero
Go!
◆ **BABASONICOS Y JUANA LA LOCA**
9 de febrero
Go!
◆ **MEMPHIS LA BLUSERA**
16 de febrero
Go!
◆ **WILLY CROOK AND THE FUNKY TORINOS**
18 de febrero
Go!
◆ **ORQUESTA SINFONICA MUNICIPAL**
Teatro Colón
◆ **LALO SCHIFFRIN - "MUSICA DE PELICULAS"**
Teatro Auditorium - Sala Astor Piazzolla
◆ **BRUNO GELBER**
Teatro Municipal Colón - Enero
◆ **ELADIA BLAZQUEZ, TERESA PARODI Y MARILINA ROSS**
16, 17, 18, 23, 24 y 25 de enero / 13, 14 y 15 de febrero
Teatro Auditorium - Sala Astor Piazzolla
◆ **CARMEN**
Enero
◆ **PAJAROS EN EL AIRE**
Con Oscar Cardozo Ocampo, Ismael Hase, Laura Albarracín y Galo García

ENTE MUNICIPAL DE TURISMO DE MAR DEL PLATA - DEPARTAMENTO DE PRENSA Y R.R.P.P.

La Rambla

GUÍA DE MAR DEL PLATA

Viernes, sábado y domingo
Teatro Auditorium - Sala Astor Piazzolla
◆ **LEON GIECO**
19 de enero
Teatro Auditorium - Sala Astor Piazzolla
◆ **EL VINO Y EL MAR**
Desde el 7 de enero y hasta el 1º de marzo
Este acontecimiento se desarrollará en Manantiales Villa Gainza Paz y ofrecerá: degustación de vinos, semanas gastronómicas, conferencias de especialistas, boutique del vino, noches de Tango y Champagne, una biblioteca y videoteca del vino y un Wine Bar, entre otras tantas propuestas que se concretarán en este espacio.
◆ **GALA DE BALLET CON JULIO BOCCA Y EL BALLET ARGENTINO**
◆ **XXVI FIESTA NACIONAL DEL MAR**
19 de enero

DEPORTES

◆ **FUTBOL**
Copa de Oro
17 de enero: Boca Juniors - Independiente
20 de enero: Boca Juniors - Racing Club
◆ **FUTBOL**
Copa Desafío
24 de enero: River - Boca Juniors
◆ **BOX**
17 de enero / 14 de febrero
Estadio Polideportivo
◆ **POLO**
Polo Club Mar del Plata
Parque Camet
17 y 18 de enero: Copa Esteban Losada
24 y 25 de enero: Copa Antonio Dellarda
◆ **SKYSURF**
Del 15 al 18
1er. Campeonato de Skysurf del Atlántico
Playas de la ciudad
◆ **BEACH VOLLEY**
15 al 18 de enero: **World Tour**. 32 mejores parejas del mundo.
22 al 25 de enero: **Challenger Femenino Internacional**. 16 parejas extranjeras.
Playa Bristol
◆ **NATACION**
18 de enero - Playa Varese
Competencia de aguas abiertas "Osvaldo Mauriño"
Aniversario Ciudad de Mar del Plata
◆ **SEXTO TORNEO INTERNACIONAL DE LA COSTA ATLANTICA SURF**
16 al 23 de enero
Sede Central Mar del Plata

PASEOS

◆ **RESERVA FAUNISTICA DE LOBOS MARINOS**
Este asentamiento de lobos marinos de un solo pelo se halla ubicado sobre una pequeña playa situada en la costa interna de la escollera sur. Allí los lobos tienen un sector de apariencia similar al de su hábitat natural, encontrándose cerca de 800 ejemplares en épocas no reproductivas. El hecho de que sólo existen animales macho hace que la reserva adquiera mayor atractivo: por su carácter continental, es única.
◆ **RESERVA NATURAL DEL PUERTO**
Estas 45 hectáreas actúan como un importante productor de oxígeno de una zona donde la contaminación ambiental es alta. Una gran cantidad de aves la utiliza como lugar de reposo en sus rutas migratorias.
◆ **MUSEO DE VEHICULOS Y AUTOMOVILES DE COLECCION**
En funcionamiento desde 1968, se compone de autos y motos de las décadas del 30 y del 40. (Av. Edison 2757).
◆ **PARQUE CAMET**
A sólo 7 kilómetros al norte del centro de la ciudad, Parque Camet aparece como el espacio ideal para la práctica de deportes o simplemente para pasar un día al aire libre. Este parque cuenta con fogones y servicios sanitarios.
◆ **MUSEO GUILLERMO VILAS**
El mejor tenista argentino de todos los tiempos, marplatense por añadidura, eligió el castillo ubicado en Olavarría y la costa, declarado patrimonio histórico cultural, para recrear allí su historia y sus tiempos de gloria. Será un museo interactivo, con snack bar, restaurante y salón de fiestas, con un sector dedicado a dar información y atender las necesidades del turista.
◆ **ESTANCIA LA TRINIDAD**
Ubicada a la altura del kilómetro 396 de la ruta 2, a escasos 9 kilómetros del centro de Mar del Plata. Fundada en 1826, muestra añosas arboledas y un antiguo casco que es admiración del turista. Posee habitaciones en suite, salas de reuniones y propuestas para disfrutar los fines de semana "a todo campo".
◆ **ESTANCIA SANTA ISABEL**
Creada en 1888 por Eduardo Martínez de Hoz, este establecimiento se ubica a 6 kilómetros de la costa, ingresando por el kilómetro 19 de la ruta a Miramar. Dotada de enormes parques y confortables instalaciones, buena gastronomía, opciones como las cabalgatas y la cacería, Santa Isabel resulta un lugar ideal para banquetes, fiestas o el tradicional día de campo.
◆ **ESTANCIA EL CASAL**
A pocos kilómetros de la ciudad, en la zona de Cobo, sobre la ruta 2, este lugar reúne los ingredientes suficientes para disfrutar a pleno el contacto con la naturaleza. Con piscina, soberbias construcciones, añosas arboledas y 1.500 hectáreas para recorrer a caballo o en antiguos carruajes, El Casal, fundada por don Félix Sola, en 1900, es un establecimiento orientado a atender contingentes de visitantes.
◆ **MERCADO DE PULGAS**
Aquí se pueden encontrar antigüedades, libros usados, filatelia, numismática, curiosidades y artículos de colección diversos.
Plaza Rocha, XX de Septiembre entre Av. Luro y San Martín
◆ **FERIA DE LOS ARTESANOS**
Exposición y venta de artesanías.
Diagonal Pueyrredón y peatonal San Martín
◆ **TRANVIA ELECTRICO DE MAR DEL PLATA**
A beneficio de Casas del Niño de la Municipalidad.
A través de un recorrido costero, este tranvía de 1906 traído de Portugal, propone un viaje en dos direcciones a través del tiempo para recordar los veranos desde 1921 a 1955.
Río Negro y Félix U. Camet (Al costado del Instituto Unzué).
Sábado y domingo: de 10 a 12.30 y 14.30 a 19.30 (entrada: $ 1)

RECREACION

◆ **MAR DEL PLATA AQUARIUM**
El recorrido vincula acuarios interiores y exteriores de peces de las más variadas características y magnitudes. En los diferentes shows que se presentan, delfines y lobos marinos muestran sus habilidades. Además, el parque cuenta con playa propia. Así como el año pasado el parque presentó la novedad de nadar con delfines, para esta temporada prepara bucear con peces.
◆ **MINIZOO EL PARAISO**
Se trata de un espacio recreativo que cuenta con siete hectáreas de bosques. Este particular ambiente sirve de entorno para el desarrollo de una granja con animales domésticos, un sector destinado a especies autóctonas de nuestro continente y en especial de la provincia de Buenos Aires y una zona de especies exóticas donde conviven (con reproducción de su hábitat natural) ciervos colorados, axis, damas y antílopes.
◆ **AQUASOL**
Este confortable parque acuático de más de 150.000 metros cuadrados, cuenta con 18 piscinas (una de ellas gigante con olas), 14 diferentes toboganes con efectos especiales, área de entretenimientos, área de picnic y fogones. Ofrece una programación de actividades y shows.
◆ **ITALPARK**
Parque de diversiones que cuenta con múltiples juegos de vértigo, aventura, destreza y habilidad que permite a grandes y chicos disfrutar de una jornada de esparcimiento y recreación.
◆ **CRUCERO ANAMORA**
En esta embarcación de moderna construcción es posible admirar una vista desconocida de Mar del Plata, la que se ofrece desde el océano hacia la costa.
◆ **PESCA DEPORTIVA EMBARCADA**
Desde la Banquina de Pescadores
◆ **GRANJA EDUCATIVA LA PIEDRA**
Pueden observarse cabras, ovejas, animales de corral, el uso de energías alternativas, una huerta orgánica y un jardín aromático. En su restaurante se pueden degustar los platos de la cocina casera elaborados en base a productos de la granja.
◆ **AEROCLUB MAR DEL PLATA**
Paseos aéreos
Ruta 88, Km. 9,5

CASINOS Y BINGOS

◆ **CASINO CENTRAL**
Bv. Marítimo Patricio Peralta Ramos 2100
Tel. 95-7011
Viernes a sábado de 15 a 03 hs.
Domingo a jueves de 15 a 02.30 hs.
◆ **CASINO DEL HOTEL SASSO**
Av. Martínez de Hoz 3545
Tel. 84-0031/3
◆ **BINGO DEL SOL**
Av. Independencia 1752
◆ **BINGO DEL MAR**
Buenos Aires y Moreno

0 800 MARDEL

◆ El 0 800 MARDEL es un nuevo servicio exclusivo que ofrece La Casa de Mar del Plata en Buenos Aires para usuarios de Capital y Gran Buenos Aires. Con esta nueva propuesta se busca facilitar al usuario el acceso a toda la información que necesite de la ciudad de Mar del Plata. Si bien actualmente el tráfico de la misma ya es fluido, con esta iniciativa se facilitará más aún la comunicación.
Todo aquel material usualmente requerido por el turista estará de ahora en más a su servicio en el 0 800 MARDEL (0 800 627335).

BALNEARIOS DEL SUR

◆ **PARADOR DEPORTIVO PLAYA ALAMO**
Antiguamente fue una arenera, pero hoy es uno de los lugares favoritos para ingresar con vehículos 4x4 y divertirse en grande disfrutando de la agreste geografía de médanos y bosques. Se ingresa por la rotonda del Faro de Punta Mogotes y posee confitería, snack bar y "capotas" a modo de carpas y sombrillas. Playa Alamo también tiene habilitada boca náutica para la salida de motos de agua, gomones y jet sky.
◆ **LA RESERVA**
Uno de los más suntuosos, calificados y completos balnearios privados del sector de Playas del Faro. Dotado de añosas arboledas, su infraestructura va creciendo de acuerdo a un proyecto de espectaculares características. Posee jerarquizados restaurantes, confiterías, piscinas, gimnasio, canchas de tenis y paddle, lugares para disfrutar cabalgatas y "mountain bike", discoteca, guardería, confortables sectores de carpas y sombrillas, y hasta lujosos departamentos enclavados en un marco de bucólicos parques con vista al mar.
◆ **SPA CLUB DE MAR**
Este maravilloso balneario está ubicado en la mejor zona de la costa atlántica, a 17 km de Mar del Plata, entre el Alfar y Chapadmalal. Allí donde el bosque de pinos es atravesado por el arroyo Lobería, la exclusiva playa privada del Club de Mar es custodiada por imponentes acantilados. Preparado para disfrutar del mar, bosques y deportes con el mejor estilo de Manantiales, este complejo integrado al Spa de Mar de Manantiales ofrece además: cálidas cabañas en la playa y hostería en el bosque, carpas y sombrillas y un pintoresco Club House con restaurante y cofee shop, 7 hectáreas de bosque, estacionamiento vigilado, 4 canchas de paddle y cancha de fútbol cinco, guardería náutica, arquería, golf en Marayuí o en Acantilados.

PLAYA GRANDE

◆ Entre las novedades que mostrará esta temporada la Perla del Atlántico corresponde destacar la remodelación total de la aristocrática cadena de balnearios de Playa Grande. Concesionadas las nueve unidades fiscales por diez años, la inversión para modificar y modernizar su funcionamiento superó los seis millones de pesos. Será el de Playa Grande, en consecuencia, un paseo jerarquizado por excelentes servicios al turista, atrayentes locales comerciales y calificados restaurantes y centros gastronómicos, que seguramente, como otrora, extenderán su actividad en horas de la noche.

MAR DEL PLATA EN NUMEROS

OFERTA HOTELERA

Categoria	Nº de establecimientos	Plazas
5 estrellas	2	870
4 estrellas	13	3807
3 estrellas	39	6874
2 estrellas	111	10.346
1 estrella	188	11.893
Hospedajes A	160	6.958
Hospedajes B	31	1.045
Hostería 3	1	128
Hostería 2	8	289
Hostería 1	13	349
Hoteles gremiales	112	18.587
Sin categorizar	8	309
Sumatoria	**686**	**61455**

TIPOS DE TRANSPORTE

Tipos de transporte	Unidades
Taxímetros	2147
Remises	715
Omnibus de recorrido local	466

TURISMO - LUGAR DE PROCEDENCIA

Procedencia	Porcentaje
Gran Buenos Aires	34,86%
Capital Federal	22,25%
Provincia de Buenos Aires	16,61%
Santa Fe	5,13%
Córdoba	4,15%
Mendoza	3,13%
Resto de Argentina	13,4%
Extranjero	0,46%

TURISMO - MEDIOS DE TRANSPORTE UTILIZADOS

Transporte	Porcentaje
Automóvil	63,62%
Omnibus	17,61%
Tren	14,37%
Avión	4,4%

POBLACION URBANA (POR GRUPOS DE EDAD Y SEXO)

Rangos	Mujeres	Hombres	Total
de 0 a 14 años	76.351	72.993	149.344
de 15 a 59 años	154.040	146.910	300.950
de 60 y más	65.352	45.492	110.844
Total	**295.743**	**265.395**	**561.138**